



UNA ENTREVISTA CON PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ SOBRE LA OBRA: *MARXISMO Y ANTIMARXISMO EN AMÉRICA LATINA. CRISIS Y RENOVACIÓN DEL SOCIALISMO*

EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA. T. I Y II.
CARACAS. 2023. PREMIO LIBERTADOR AL
PENSAMIENTO CRÍTICO. 2024. MINISTERIO
DE CULTURA. REPÚBLICA BOLIVARIANA
DE VENEZUELA

Flor María Ávila Hernández
Universidad Católica De Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2025.42.2.15>

1. Flor Ávila: en la introducción, usted menciona que la idea para este libro surgió en 1985 en Nicaragua. ¿Podría profundizar en las motivaciones iniciales para escribirlo y cómo el contexto histórico de esa época influyó en su enfoque?

Pablo Guadarrama: a comienzos de los años 80, una vez que habíamos concluido el doctorado en filosofía sobre el positivismo en Cuba en la Universidad de Leipzig, emprendimos la investigación sobre el pensamiento marxista en América Latina.

Efectivamente, la idea de escribir un libro sobre este tema surgió cuando impartíamos un ciclo de conferencias al respecto en la Universidad Autónoma de Nicaragua en 1985.

Una de mis motivaciones consistía en valorar algunas de las diferentes interpretaciones que históricamente se habían desarrollado sobre el

Referencia: Ávila Hernández, F. M. (2025). Una entrevista con Pablo Guadarrama González sobre la obra: *Marxismo y Antimarxismo en América Latina. Crisis y renovación del socialismo*. *Cultura Latinoamericana*, 42(2), 285-302. <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2025.42.2.15>

Fecha de recepción: 14 de noviembre de 2025; fecha de aceptación: 15 de enero de 2025



ideario socialista y sobre el marxismo en esta región, así como [sobre] los principales argumentos de sus opositores.

Los primeros resultados de esa investigación los presenté en 1987 en un curso de posgrado en la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Santa Clara, Cuba.

Paulatinamente fui incorporando nuevas reflexiones sobre el tema, dadas las repercusiones que sobre Latinoamérica traían aparejadas las transformaciones que en esa época se operaban en la entonces Unión Soviética, conocida como la *Perestroika* y posteriormente del derrumbe del llamado *socialismo real*. Motivados por los interesantes debates que se produjeron durante la presentación de algunas ponencias en congresos en que participamos en México, Perú, Colombia y Cuba —referidas a algunos momentos y problemas de la evolución del pensamiento marxista y socialista en el ámbito latinoamericano—, iniciamos la redacción del libro. Su primera edición se produjo en 1990 en la Universidad INCCA de Colombia, con el título *Marxismo y antimarxismo en América Latina*. Posteriormente, para nuevas ediciones —en México en 1994 y en Cuba en el 2018— lo amplié y actualicé con otros trabajos sobre la crisis y renovación del socialismo. Finalmente, en el 2023, nuevamente actualizado y ampliado considerablemente, se publicó por la Editorial El Perro y la Rana, en Venezuela, donde obtuvo en ese país el prestigioso Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2024.

Mi objetivo es ofrecer en él algunos elementos de juicio que confirmen la hipótesis según la cual, al igual que el socialismo y el marxismo —en sus orígenes en Europa— se gestó y enriqueció en la lucha contra las formas imperantes de la ideología burguesa y las filosofías predominantes, en América Latina también se ha producido un proceso algo similar. El pensamiento socialista y marxista en esta región no ha constituido un simple eco de aquel, aunque tampoco ha podido ignorarlo, y ha contribuido a su enriquecimiento teórico y práctico.

2. Flor Ávila: ¿cuáles son las características distintivas que otorgan autenticidad al pensamiento marxista en nuestra región?

Pablo Guadarrama: el libro aspira a verificar si resultan válidas algunas críticas al marxismo, por ejemplo, el tacharlo de europeísmo, exotismo y dogmatismo o si por el contrario nuestros marxistas, en lugar de plantearse la elaboración de sistemas teóricos apriorísticos y especulativos —como es más común en el pensamiento filosófico idealista— se han dado a la tarea de estudiar, a partir de la concepción materialista de la historia, sus respectivas realidades concretas, y a la vez, nutrirse de las formulaciones teóricas emanadas de la doctrina marxista en tanto que la han enjuiciado y enriquecido.



Otro de sus objetivos consiste en apreciar en qué medida se ha producido la necesaria imbricación orgánica entre la elaboración intelectual y la actividad práctico-política de los marxistas latinoamericanos, y cómo esta ha incidido en la recepción del marxismo en este ámbito.

Se pretende constatar si el pensamiento marxista latinoamericano ha sido más que original, auténtico —en el sentido en que concebimos la autenticidad de un pensamiento— esto es, si se ha correspondido con las exigencias epistemológicas, metodológicas, axiológicas y sociopolíticas de cada circunstancia en que se ha desarrollado.

En este libro, en dos voluminosos tomos, hemos confirmado esa hipótesis. Aunque ha habido interpretaciones dogmáticas emanadas de las versiones soviéticas del marxismo, también las ha habido heterodoxas, que se han correspondido con la especificidad de los pueblos de los pueblos latinoamericanos.

Se trata de demostrar que el marxismo, por su esencia genuina, no reserva el arma de la crítica solamente para sus adversarios, sino que la utiliza como constante fermento catalizador de perfeccionamiento de sus propias elaboraciones teóricas, acorde con las nuevas circunstancias que emanan de las nuevas contradicciones engendradas por la práctica social, sin renunciar a las tesis fundamentales de la concepción dialéctico-materialista, y por tanto, histórica del mundo.

3. Flor Ávila: el libro aborda la confrontación entre el marxismo y el antimarxismo. ¿Podría explicar cuáles son las “etapas y funciones fundamentales del anticomunismo y el antimarxismo” en América Latina que usted identifica?

Pablo Guadarrama: si bien en ocasiones pudieran identificarse el anticomunismo y el antimarxismo, en realidad son conceptos diferentes, aunque muy relacionados entre sí. Por lo general se presuponen, pero en verdad no son idénticos. La historia del pensamiento —especialmente de las filosofías y las ideologías en el ámbito latinoamericano— recoge muchos ejemplos de intelectuales que, aunque no comparten las ideas comunistas y hasta las critican abiertamente, reconocen los méritos científico-teóricos de Marx e incluso hasta llegan a elogiarlos, al punto de que se hace difícil que sean considerados como propiamente antimarxistas.

El anticomunismo como ideología tiene entre sus tareas: fundamentar ideas escépticas sobre el futuro de la humanidad. La mayor parte de las expresiones de la filosofía burguesa del siglo XX no ha expresado con claridad suficiente su confianza en el futuro, y por eso, en lugar de sugerir un cuadro positivo de él, han tratado de presentar solamente una imagen tenebrosa del ayer, hoy y mañana de las experiencias



socialistas, en particular la de la Unión Soviética. Especialmente ha tomado mayor auge esta imagen a partir de las revelaciones de los errores de la época estalinista, pretendiendo ocultar todos los éxitos del socialismo desde 1917 hasta hoy. También esto es lo que tratan de vaticinar a los movimientos progresistas a los de liberación nacional, a todo lo que se oriente en el sentido del progreso social. La anterior función constructiva que tuvo en un inicio la filosofía burguesa fue abandonada y sustituida por una función destructiva de paradigmas.

Las funciones esenciales de la ideología anticomunista han consistido en falsear, tergiversar, presentar de una manera distorsionada la verdadera posición de muchos de los partidos comunistas, de lo que fue el sistema socialista mundial y en general de todas las fuerzas progresistas del mundo. En ocasiones se piensa que el anticomunismo ha sido solamente la actitud que se asumió frente a la Unión Soviética o al sistema socialista mundial. Se pasa por alto que el anticomunismo también afecta directamente a todo movimiento progresista, obstaculiza los movimientos de liberación nacional y perjudica cualquier movimiento democrático y revolucionario, aun cuando no se encuentre inspirado en ideas socialistas o marxistas.

El anticomunismo constituye tal vez el rasgo principal de toda la ideología burguesa contemporánea. Por lo tanto, este se revela, de una forma u otra, en todas y cada una de las manifestaciones ideológicas de la sociedad burguesa. A veces se presenta de manera diáfana, clara, abierta, y otras veces, de una forma muy solapada, oculta y aparentemente inofensiva, al parecer sin ninguna trascendencia.

El anticomunismo es el arma político-ideológica más importante de las acciones imperialistas. Constituye, por así decirlo, el contenido fundamental de la ideología de los defensores del capitalismo. Subyace en definitiva en la plataforma ideológica de todo partido burgués. No obstante, el hecho de que exista este elemento aglutinador en cuanto al núcleo ideológico que conforma la ideología de la burguesía de nuestros días, esto no significa que el anticomunismo permita la unidad realmente integral de las fuerzas del capitalismo, independientemente de sus puntos de coincidencia que les hace adoptar acuerdos comunes y hasta pactos militares, etc. Sin embargo, las fuerzas de la reacción no logran una intrínseca unidad ideológica o una verdadera armonía incluso para la acción política.

Se pueden diferenciar en sentido general cinco grandes etapas en el desarrollo de los ataques contra el socialismo, el comunismo y el marxismo, que son apreciables especialmente en el mundo latinoamericano, dado el protagonismo que han alcanzado para el contexto político mundial los procesos revolucionarios emprendidos por los pueblos.



1. Una primera surge desde que aparece el movimiento obrero organizado desde mediados y fines del siglo XIX hasta el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia.
2. Una segunda, desde inicios de los años veinte hasta finales de la II Guerra Mundial, cuando hace su aparición el sistema socialista mundial y triunfa la Revolución China en 1949.
3. Una tercera a partir de los finales de los años 40 hasta el triunfo de la Revolución Cubana en 1959.
4. Una cuarta, desde la convulsa década de los 70 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989.
5. Una quinta, desde el derrumbe de la Unión Soviética y el sistema socialista mundial hasta la época actual, marcada primero por la crisis internacional del sistema financiero del capitalismo, la explosiva situación social expresada en diversas protestas en Europa Estados Unidos de América y América Latina, los nuevos ensayos de socialismo emprendidos por algunos gobiernos progresistas y el triunfo de gobiernos de derecha.

4. Flor Ávila: la obra destaca el triunfo de la Revolución cubana como un “punto nodal” para el desarrollo del marxismo y el socialismo en América Latina. ¿Cuáles fueron los aportes específicos de la Revolución cubana que marcaron esta nueva época en la región?

Pablo Guadarrama: una de las principales batallas entre el marxismo y el anticomunismo latinoamericano en el pasado siglo XX se desarrolló precisamente en relación con el carácter socialista de la Revolución Cubana y la confirmación o no de las tesis fundamentales de la teoría marxista de la revolución socialista. Han sido abundantes las pretensiones de considerar al experimento cubano como un fenómeno absolutamente excepcional, producto exclusivo de la mística y el voluntarismo de un líder carismático y otras tantas tergiversaciones que tienden a negar las regularidades objetivas que hacen del proceso revolucionario cubano un fenómeno que confirma y a la vez enriquece la concepción marxista sobre el desarrollo social.

Uno de los más importantes manipuleos acrobáticos consiste en considerar que no es imprescindible la existencia de una dirección política de orientación socialista y mucho menos de un partido comunista en la organización de cualquier proceso revolucionario a partir de la experiencia cubana.

Evidentemente, tales argumentaciones están dirigidas a debilitar la idea de la necesidad de una organización de vanguardia de orientación marxista —llámese partido o no— en similares situaciones revolucionarias de otros países latinoamericanos, y por esta vía poner en entredicho la validez de las ideas marxistas.



Un hecho inobjetable de la Revolución Cubana consistió en que desde sus albores, a partir de su experiencia de lucha, la frustración de procesos revolucionarios anteriores y las enseñanzas también de los fracasos de otros pueblos latinoamericanos —como el boliviano y el guatemalteco— a inicios de los años cincuenta hubo clara conciencia de que la vía fundamental de superación del viejo régimen era la vía armada.

Tanto el proceso insurreccional como la sostenida defensa frente a los intentos contrarrevolucionarios y las agresiones yanquis demostraron fehacientemente, una vez más, las tesis marxistas de que el poder material de las clases dominantes solo puede ser derrocado por la acción crudamente material de la violencia revolucionaria.

Sin embargo, esto no significó que se subestimara la fuerza del arma de la crítica. De ahí que el trabajo ideológico de preparación de todo un pueblo y de esclarecimiento teórico de las características del propio proceso revolucionario por parte de sus principales dirigentes permitió tanto a los cubanos como al resto de los latinoamericanos comprender mejor la trascendencia de dicha revolución.

5. Flor Ávila: usted menciona la figura de Mariátegui y su enfoque crítico, ¿cuál considera que fue su contribución más importante para el desarrollo de un marxismo creador y no dogmático en América Latina?

Pablo Guadarrama: la obra de Mariátegui confirma la tesis de que cuando el marxismo se asimila en su esencia y dinamismo crítico dialéctico —que siempre presupone la dimensión de historicidad— deviene creador y acorde con su naturaleza. Pero cuando pretende ser la respuesta exclusiva, omnicomprensiva de toda realidad natural y social, puede fosilizarse, como fue lo común a cierto tipo de marxismo.

Uno de los primeros rasgos que emancipó al marxismo de Mariátegui del marxismo ortodoxo fue su actitud ampliamente receptiva en relación con las nuevas corrientes filosóficas contemporáneas. Al igual que Marx, no se propuso la elaboración de un sistema filosófico de interpretación histórica, destinado a servir de instrumento a la actuación de su idea política y revolucionaria, y por eso logró precisamente mucho más en cuanto a originalidad y autenticidad en relación con la utilización de la teoría que otros asumían como un sistema absoluto. No pretendió ofrecer un esquema categorial abstracto ni un aparato ordenado de leyes y principales de la dialéctica, como tal vez se le hubiera podido ocurrir al ofrecer algunas de sus conferencias divulgativas del marxismo en la universidad popular o en sus trabajos dedicados a obreros y a un público más general.



De la obra de Marx, Mariátegui supo asimilar, ante todo, su método de interpretación histórico-concreto, y rechazó las pretensiones más universales abstractas del marxismo ortodoxo. Esta interpretación del marxismo petrificaba la teoría de la sustitución de las formaciones económico-sociales, que también algunos trataron forzosamente de trasponer a la historia latinoamericana. Presentó las claves para evitar el espejismo de la visión omnicomprendensiva que, por aquella época, las primeras formulaciones stalinianas del *dia-mat* le imprimirían lamentablemente al marxismo.

Durante muchos años, algunos excluyentes portadores del estandarte de marxistas miraban con ojeriza la identificación de Mariátegui con los intereses de los pueblos indígenas, así como su preocupación por los problemas de la tierra. Una visión europeizante del marxismo quiso imponer cierto obrerismo en los primeros marxistas latinoamericanos. Cuando el intelectual peruano se refería al proletariado no lo hacía considerando los mismos componentes sociales [con] que el industrialismo europeo obligó a tomar en cuenta a Marx. Con ello, el indio que hasta ese momento había sido extraordinariamente marginalizado comienza a integrarse cada vez más a la dinámica político-económica y social latinoamericana. A partir de él, el lugar del indio cambió no solo en la preocupación intelectual o científico-social peruana, sino [también] en la praxis político-social de ese país y otros del área.

Si algo tuvo claro Mariátegui desde el principio fue considerar el mayor error la reproducción de los esquemas foráneos de socialismo. El marxismo de Mariátegui pasó ante todo por el crisol de sus propios ancestros y, por tanto, no podría jamás elaborar un proyecto de reconstrucción social que pasase por alto su mestizaje y su raigambre más íntima.

El vitalismo que le impregnó a los proyectos emancipadores ese conjunto de influencias dio lugar a que su marxismo tuviese una visión mucho más existencial y con mayor reconocimiento del papel de la espiritualidad y del lado subjetivo de la acción humana.

La honestidad intelectual y política de Mariátegui le hizo apreciar, incluso en Marx, algo que el marxismo ortodoxo no siempre quiso con agrado reconocer —y mucho menos destacar—: los logros y éxitos del capitalismo. Es sabido que todo nihilismo siempre resulta reaccionario, y el que se ejerció en nombre del “socialismo real” frente a las conquistas de la sociedad burguesa, tanto en la esfera económica y tecnológica como en otros planos de la vida política y social, no constituye una excepción. Y repercutió desfavorablemente en la credibilidad de la población de los países exsocialistas respecto a sus dirigencias políticas y a algunos sectores intelectuales.



Sus ideas respecto a la religión indican que fue uno de los marxistas que se percataron tempranamente de que la cuestión religiosa no podía ser abordada con la simplicidad con que lo hizo cierto sociologismo marxista, ya anteriormente criticado también por Lenin, y que había conducido incluso a sectorizar las filas revolucionarias.

La producción intelectual del peruano fue paradigma de independencia de criterio teórico, aun cuando supiese otorgar el valor que merecían las decisiones y la militancia políticas. Pero fue el amplio horizonte respecto a las nuevas fuentes teóricas de las cuales debía nutrirse lo que le permitió superar toda reducción positivista o sociologista del marxismo.

6. Flor Ávila: el texto se refiere a la crisis del socialismo, especialmente tras la caída del Muro de Berlín. ¿Cómo afectó esta crisis a los marxistas latinoamericanos y qué actitudes surgieron en la izquierda de la región como respuesta?

Pablo Guadarrama: la crisis del socialismo ha sido un acontecimiento de tanta envergadura que ha contribuido a delimitar mejor las posiciones de la izquierda tanto en esta región como en otras partes. Cuatro actitudes, entre otras, se apreciaron en las izquierdas latinoamericanas ante la crisis del socialismo:

- i. La escéptica, pesimista y hasta nihilista. Los que han asumido dichas posturas ni siquiera deben ser considerados de izquierda, pues se cuestionan tanto las posibilidades del socialismo como la validez de la teoría marxista, aunque los más juiciosos son capaces de diferenciar ambas cuestiones adecuadamente. Ha sido sorprendente cómo algunos —que antes eran fervientes defensores del socialismo— se convirtieron en sus más recalcitrantes enemigos. No es de extrañar que cuando el socialismo fue asumido desde la óptica exclusiva del modelo soviético —siguiendo estrictamente la literatura apologética que él dimanaba— y se asumía el marxismo de modo cuasi religioso a través de una formulación simplista y dogmática, a la menor sacudida del pilar fundamental que lo sustentaba se echaba al suelo el andamiaje de su construcción.
- ii. La diametralmente opuesta a la anterior es la neortodoxa. Tras aceptar con dolor algunas de las causas del derrumbe del socialismo en la URSS y Europa Oriental, esta postura insiste, no sin razón, más en los logros que alcanzaron estos países en favor de la humanidad que en los errores cometidos por su dirección política. Consideran que la causa de la crisis no radica en la teoría marxista, la cual siguen considerando como plenamente válida, sino en la aplicación que de ella hicieron de



forma tergiversada los dirigentes revolucionarios, encargados de ponerla en práctica. Desatiende que los clásicos del marxismo desarrollaron en lo fundamental una crítica profundamente científica de la sociedad capitalista e indicaron algunas de las vías y formas, de acuerdo con la experiencia de su época y el conocimiento de su mundo —que difiere en mucho de la época y el mundo actuales— a través de las cuales se debía emprender la destrucción de aquella injusta sociedad y la gestación de una más humana y superior.

- iii. La circunstancialista, regionalista o nacionalista. Sus antecedentes se encuentran en aquellos movimientos políticos y corrientes ideológicas que han insistido en diferenciar la especificidad de los países latinoamericanos respecto al resto del mundo. Según este criterio, además de la condición de dependientes y neocoloniales que no les permite desarrollar plenamente las relaciones capitalistas, se añaden factores étnicos, religiosos, culturales, *sui generis*, que les impiden ser homologados incluso con otras áreas del llamado Tercer Mundo. Su filiación se orienta mucho más hacia la conformación de una nueva modalidad de historicismo y de filosofía de la historia que naturalmente es distinta de las gestadas en aquellas latitudes por la crítica al eurocentrismo subyacente en dicha filosofía. Esta es reemplazada en ocasiones por ciertas formas de chauvinismo latinoamericano que a la larga no resultan beneficiosas a los procesos reivindicativos de la soberanía de estos pueblos y a la necesaria integración que debe animarlos.
- iv. La realista crítica, por supuesto, no es la única restante, pues pueden ser determinadas otras que se deriven tanto de las anteriores como de otras formas de reacción que merecen estudio aparte. Esta se desarrolló desde las posiciones del marxismo y con la consecuente perspectiva de que el socialismo no ha existido propiamente, sino intentos fracasados que sitúan a los revolucionarios de fines del siglo XX en una situación similar —con las abismales diferencias— a la de fines del XIX, cuando confiaban plenamente en el futuro del socialismo, pero entonces solo contaban con la amarga experiencia de la Comuna de París. A esta postura no le sorprendió el derrumbe del “socialismo real”, ya que desde mucho tiempo atrás lo habían planteado de manera alarmada; pero sus críticas fueron consideradas generalmente como otras tantas formas de hacerle el juego al imperialismo. Lamentan que la humanidad tenga que pagar tan caro las experiencias hacia la construcción de una sociedad que supere las enajenantes relaciones capitalistas.



Muchos de ellos hubieran preferido que se hubiese reorientado el rumbo a tiempo y que transformaciones democráticas, sin concesiones a las presiones de los modelos del capitalismo, hubieran permitido la salvación del proyecto originario que animó tanto a Marx y Engels como a Lenin, Trotsky, Gramsci, Rosa Luxemburgo, Mariátegui, etc.

Si al menos se logra identificar las razones y las condiciones que han motivado las distintas actitudes, es posible encontrar alguna utilidad práctica a estas reflexiones, pues posibilitarán evadir nuevos errores en la difícil tarea de construir una sociedad superior y genuinamente humana.

7. Flor Ávila: el libro diferencia entre “marxismo” y “comunismo”, y señala que ser marxista en América Latina no necesariamente implica una actitud comunista. ¿Cuál es la diferencia crucial entre estas dos posturas en el contexto latinoamericano?

Pablo Guadarrama: ser marxista orgánico en América Latina presupone asumir los riesgos que implica [no solo] defender la doctrina no simplemente en el campo teórico, sino [también] estar dispuesto a luchar por el socialismo en la forma en que las circunstancias lo exijan, lo cual no significa que sea única y exclusivamente por la vía armada, pues hay muchas formas para tratar de realizar la sociedad [a las] que generalmente aspiran los socialistas y marxistas, y no todos están en condiciones de desarrollar las mismas tareas, ni nunca estas serán idénticas, pues se corresponderán más a cada época y lugar que cada una de ellas demandan que a algunas de las ideas de Marx, Engels o Lenin.

La historia del pensamiento latinoamericano recoge algunas personalidades que se han identificado con el socialismo y con el marxismo, pero no así con el comunismo, o al menos con lo que los partidos comunistas latinoamericanos tradicionalmente consideraban como tal.

Un marxista orgánico en América Latina debe ser un comunista genuino. Tal vez para algunos que se consideran marxistas esto resulte pedir demasiado, sencillamente identificarse con la práctica política de algunos partidos comunistas o autodenominados comunistas, marxistas, leninistas, etc., que han cometido errores nefastos para el movimiento revolucionario de la región y que, lejos de prestigiar, han contribuido a alentar la propaganda antimarxista, con mayor o menor razón, en algunos países de esta área.

Si algo debe caracterizar a un comunista y a un partido que se digne de ser tal es el espíritu autocrítico sincero, oportuno, y que vaya acompañado de un cambio radical de actitudes, que prevea adecuadamente y no conlleve una nueva recriminación autocrítica, pues esto indudablemente afecta su credibilidad entre el pueblo.



El comunista es marxista por definición, aunque no todo marxista es comunista. Es partidario de [que] la revolución, en el sentido de cambiar la formación económica y política de la sociedad, debe distinguirse por el altruismo y su disposición a sacrificarse por sus ideales. Otro rasgo es el internacionalismo y el humanismo práctico. Es un hombre que lucha, dispuesto a sacrificarse por su ideal y dispuesto a luchar por realizarlo.

El optimismo histórico que debe estar presente en un comunista no resulta de una irracional fe en el triunfo del comunismo como consumación de todas las utopías. El comunista tiene el deber de estudiar y divulgar los mejores ejemplos de la historia, las luchas de los diferentes pueblos en épocas distintas por su liberación, y tiene que demostrar que, a pesar de los zigzagueos del desarrollo histórico, de épocas de represión, de retroceso, de triunfo del oscurantismo y la injusticia, la humanidad a la larga ha ido progresando constantemente hacia niveles superiores de dignificación humana.

8. Flor Ávila: Se habla sobre el concepto de “socialismo del siglo XXI”. ¿Cuáles considera componentes indispensables de este socialismo, a diferencia de los modelos del “socialismo real”?

Pablo Guadarrama: los que se consideran a sí mismos de izquierda o marxistas no deben jamás olvidar, especialmente en este siglo XXI, prometedor para las conquistas de los sectores populares, que el socialismo debe ser un lógico completamiento de la democracia y por tanto están obligados, de algún modo, a hacer todo lo posible por completarla, ampliarla, enriquecerla, extrapolarla de sus estrechos marcos jurídicos o políticos a las que la limita la sociedad burguesa, y a hacerla trascender al máximo a lo social. Resulta conveniente puntualizar que el colapso del modelo de socialismo real, estatal y autoritario no explica la inviabilidad de otro proyecto histórico de socialismo.

Cualquier tipo de idealización hiperbolizada de la lucha por el socialismo o de perspectiva teleológica según la cual el socialismo, tarde o temprano, de manera inexorable y fatal se impondrá en esta región, con la anuencia o no de los pueblos de los respectivos países, no solo es errónea desde el plano epistemológico por su perspectiva teleológica y determinista ciega, sino políticamente muy peligrosa para la actividad de los partidos y movimientos de izquierda.

Una perspectiva multilateral debe conllevar apreciar adecuadamente el carácter plural que en los actuales y venideros procesos revolucionarios en cualquier experimento socialista en el siglo XXI tiene y tendrá el sujeto social, determinante del rumbo de estos. Esto implica una seria reconsideración del presunto protagonismo de la clase



obrero, sin que tampoco signifique minimizar sus potencialidades revolucionarias ni abandonar la lucha por su dignificación.

9. Flor Ávila: en el segundo tomo se plantean los retos del socialismo en el siglo XXI, como la relación entre humanismo real, justicia social, derechos humanos y eficiencia económica. ¿Cómo pueden los nuevos experimentos socialistas equilibrar estos elementos de manera efectiva?

Pablo Guadarrama: los principales retos del socialismo en el siglo XXI pueden ser:

- a. La orientación socialista de los actuales y nuevos experimentos de superación del capitalismo debe ser el resultado de un proceso revolucionario vernáculo, propio y auténtico, no importado, que aun cuando le sea imprescindible la solidaridad internacional plasmada en las más diversas modalidades de la lucha contra el capitalismo, ante todo será exitoso en la misma medida en que el sujeto principal sean los sectores populares de cada país.
- b. La organización de los sectores populares para la lucha política e ideológica no debe ser tarea exclusiva de un partido que se considere a sí mismo vanguardia única, y descalifique a las demás fuerzas de izquierda, que no siempre coinciden en todas y cada una de sus propuestas básicas de reestructuración social.
- c. La lucha por la unidad de las fuerzas populares debe comenzar por la superación de los conflictos entre los distintos sectores de partidos y organizaciones de izquierda, para lo cual se deben eliminar los protagonismos sectarios, delimitar los objetivos estratégicos de lucha y adoptar programas mínimos de acción común. La sabiduría popular aconseja apoyar solo a aquellas organizaciones políticas que evidencian cierta cohesión interna en sus filas y programas factibles de ejecución, aun cuando sea parcialmente.
- d. La construcción del socialismo exige un perfeccionamiento de la democracia tanto de la sociedad en general como de la interna de los partidos de izquierda y movimientos sociales como premisa indispensable para proseguir esa labor una vez alcanzado el poder político. Sin democracia interna en el seno de estos partidos difícilmente se pueda esperar que esta se despliegue plenamente en otras esferas de la sociedad política y la sociedad civil.
- e. Las formas de realización de la democracia política más elaborada no son patrimonio exclusivo de un pueblo o partido ni pueden trasladarse arbitrariamente de un país a otro, pero sí existen normas elementales de la vida democrática moderna que no son conquistas atribuibles de manera aislada a la burguesía,



sino que pertenecen a la conquista de la lucha de clases y por tanto constituyen herencia común de la humanidad que deben ser socializados.

- f. La visión del comunismo como idílica sociedad sin problemas ni contradicciones internas se ha desdibujado en el panorama político no solo de los sectores populares, sino [también] en las propias filas de la izquierda, por lo que parece prevalecer la visión inicial de Marx y Engels de concebirlo como movimiento crítico de superación del orden existente, que por su naturaleza histórica circunstancial siempre será diferente, aun cuando existan algunas similitudes fundamentales en los países que cultivan sus propuestas.
- g. La contradicción fundamental entre el capitalismo y el socialismo se despliega fundamentalmente a través del conflicto entre eficiencia económica y justicia social, íntimamente relacionado este último a la efectiva realización de los derechos humanos. Cuando se produce el predominio desproporcionado de uno de estos dos primeros elementos, inmediatamente se afecta el estatus del otro. La inteligencia de la izquierda en el poder se mide por la difícil tarea de la capacidad de administración del conflicto entre eficiencia económica y justicia social de manera exitosa y equilibrada. Para lograr ese objetivo, el socialismo tiene que superar dialécticamente los mecanismos de gestión económica del capitalismo, esto es, asimilando sus conquistas y restableciéndolas sobre nuevas bases más humanas, pero sin hiperbolizaciones filantrópicas y abstractas que aletarguen el logro de las conquistas sociales, frenen el despliegue de las fuerzas productivas, afecten la producción de bienes de consumo y, a la larga, repercutan negativamente sobre el sujeto social del socialismo: el pueblo revolucionario.
- h. Las transformaciones cuantitativas y cualitativas que se han producido en la clase obrera mundial obligan a una reconsideración del enunciado de “la misión histórica del proletariado”, especialmente en los países neocoloniales o en vías de desarrollo. En América Latina la clase obrera continúa desempeñando un papel significativo en la lucha de clases, pero a esta se le han sumado fuerzas imprescindibles en la lucha contra el poder nacional y transnacional del capitalismo neoliberal, que en ocasiones pueden llegar a desempeñar un papel significativo en la dirección de las luchas sociales.

La creciente complejidad de la estructura socioclasista de las sociedades dependientes como las predominantes en los países latinoamericanos obliga a tomar en consideración a otras clases y



grupos sociales, como el campesinado, las minorías étnicas, la empobrecida clase media, la pequeña burguesía, el estudiantado, la intelectualidad e incluso algunos sectores militares a la hora de establecer alternativas de orientación socialista a los países de esta región.

- i. Aunque hay consenso general de las adversas condiciones subjetivas para los procesos revolucionarios, hay coincidencia también en que las condiciones objetivas para tales cambios no solo subsisten, sino que en algunos casos se incrementan, aunque no de manera uniforme. Se comprende que el capitalismo posee válvulas de escape eficaces que le posibilitan supervivencia y transformaciones que no alteren su esencia. A la vez, se considera con razón que los conflictos y explosiones sociales que con frecuencia se producen dada la difícil situación socioeconómica de la región pueden propiciar en determinados momentos la factibilidad de una transformación revolucionaria que finalmente pueda tomar rumbos socialistas, aunque no lo declare explícita e inmediatamente.
- j. Tomando en consideración la afectación del prestigio internacional del socialismo, producida no solo por el derrumbe de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, sino [también] por el descrédito de los partidos socialdemócratas cuando han asumido el poder en nombre del socialismo, e incluso el antecedente nefasto de que los nazis utilizaran el término en la denominación de su partido fascista, existen fuertes tendencias dirigidas a eliminar el término de socialista no solo en programas políticos, sino también en el discurso académico.
- k. Las nuevas experiencias socialistas están obligadas a equilibrar adecuadamente las experiencias internacionales de construcción socialista y articularlas con las condiciones específicas de cada país.
- l. Algo muy significativo que los marxistas latinoamericanos deben tener muy presente en su perspectiva es que los nuevos experimentos de construcción socialistas no podrán en modo alguno limitar su efecto o concentrarlo solamente en las transformaciones económicas, sino que a la vez se está obligado a fortalecer el trabajo político, ideológico y cultural, pues de lo contrario se pueden repetir otros nefastos virajes hacia el capitalismo, como los experimentados a raíz de la caída del Muro de Berlín.
- m. Las nuevas experiencias socialistas emprendidas o por emprender en este siglo XXI deberán tener muy presente que la hiperbolización del papel del Estado y la consecuente mengua de



- la sociedad civil constituyeron tal vez uno de los factores que más contribuyó a que gran parte de la población de aquellos países viesan con agrado —aunque en muchos casos después se arrepintiesen— el desmonte de aquellos enormes leviantes.
- n. Uno de los problemas de mayor preocupación entre los marxistas latinoamericanos en sus perspectivas del socialismo del siglo XXI ha sido paulatinamente la cuestión ecológica. Todo pareciera indicar que haber subestimado esta decisiva problemática durante las experiencias pasadas del socialismo real condujo, en ocasiones, a que casi algunas de sus políticas productivas confluyeran con la naturaleza del capitalismo, que como planteó Marx, es hostil a la naturaleza. El dilema no parece tan difícil, esto es: o los presentes y futuros proyectos socialistas son atendidos por los marxistas latinoamericanos con perspectiva ecológica o no serán ni socialistas ni posibles.
 - o. El debate entre los marxistas latinoamericanos sobre las posibilidades de éxito del socialismo en países aislados con independencia de una revolución mundial sigue y seguirá presente, pero lo cierto es que ningún movimiento revolucionario puede cifrar exclusivamente sus posibilidades de éxito solo en el advenimiento del triunfo del socialismo de manera simultánea en la totalidad o en la mayoría de los países del mundo, pero tampoco puede tener seguridad en el éxito de sus proyectos al margen de la necesaria solidaridad internacional. De ahí que todos los procesos de integración que se están incrementando en América Latina y el Caribe en los últimos tiempos; estratégicamente, servirán a los proyectos de dignificación de los pueblos de esta región, por lo que de un modo u otro favorecerán el rumbo socialista de estos países, con independencia que se le reconozca tal denominación. Lo importante no es cómo se les denomine a tales nuevas experiencias sociopolíticas, ni que deben ser solo los marxistas los que pretendan asumir el protagonismo privado en su realización. Lo decisivo serán las transformaciones de contenido revolucionario y anticapitalista que en dichos experimentos se pongan en práctica y que sean el producto de la voluntaria decisión de la mayoría de los pueblos que las emprenden.

10. Flor Ávila: el libro subraya la responsabilidad de los intelectuales de afrontar con “valentía científica y política las transformaciones del mundo contemporáneo”. ¿Qué papel deben asumir los intelectuales en la construcción de propuestas alternativas frente al neoliberalismo y el pensamiento único?



Pablo Guadarrama: los intelectuales de las distintas épocas se han cuestionado las respectivas formas de organización sociopolítica y económica planteando alternativas de mejoramiento. Hoy, la intelectualidad tiene similares compromisos y el deber de cuestionar los argumentos que tratan de apuntalar a una sociedad tan inhumana. Por supuesto que pensar en esos términos y someter a juicio crítico los argumentos que pretenden eternizar el capitalismo a partir de una presunta e inamovible naturaleza humana egoísta e individualista resulta peligroso, especialmente cuando un *pensamiento único* se pretende también vender precocinado y listo, para solo ingerirlo. La construcción de alternativas ante el neoliberalismo no debe significar la elaboración de una propuesta única de desarrollo socioeconómico y político, que debería ser asumida por todos los países. Tal uniformismo no se ha dado nunca en la historia ni se producirá jamás. Del mismo modo que la humanidad ha sido multiétnica, multicultural, pluralista en la proliferación de corrientes ideológicas, religiosas, políticas, jurídicas, éticas, estéticas, etc., rica y multiforme en todas sus dimensiones, así lo seguirá siendo, y no hay razones suficientes para pensar —no obstante los desafíos que plantean los intentos de “clonación cultural” y de norteamericanización de la vida en muchas latitudes— que en el futuro la monótona uniformidad vencerá a la diversidad.

Eso significa que tan infundada resultaba la utopía de un modelo único y uniforme de sociedad comunista a la que todos los países tendrían que ajustarse, según planteaban algunos textos del marxismo soviético como dogmático resulta pensar que habrá un solo modelo neoliberal de desarrollo válido para todos los rincones del planeta. Los pueblos continuarán ensayando sus formas específicas de gobierno, y sus estructuras económicas y sociales más apropiadas, en correspondencia con múltiples factores endógenos y exógenos. Por supuesto que ninguno pueda aislarse en una urna de cristal e ignorar los efectos de la transnacionalización de la economía, la política y la cultura en este mundo globalizado, pero eso no significa que las estructuras socioeconómicas y políticas de todos los pueblos serán idénticas y multicopiables.

Todo indica que el mercado no desaparecerá, pero seguirá adoptando, como lo ha hecho hasta ahora, innumerables formas de reproducción y modalidades *sui generis*. Del mismo modo existirán innumerables formas de distribución de la riqueza social aprovechando la experiencia anterior de la humanidad que han llevado a pueblos a desarrollar mecanismos propios en correspondencia con sus dificultades y posibilidades. Los intelectuales tienen el deber, como lo han tenido siempre de construir modelos de sociedad. La intelectualidad está obligada a trabajar con la producción de un pensamiento crítico



de todo lo existente y a la vez reformulador de alternativas de desarrollo para todos los pueblos, como puede ser el de modelos de economía solidaria.

No importa si para algunos productores de ideas pueda incluso resultar un negocio lucrativo en tanto para otros sea en verdad peligroso para sus vidas, esa es una de las funciones básicas de los intelectuales en todos los tiempos.

La búsqueda de alternativas ante el actual predominio del neoliberalismo se hace necesariamente desde perspectivas multidisciplinarias, pues el análisis del desarrollo social jamás puede limitarse a un enfoque unilateral de una ciencia o disciplina académica. Solo la contribución simultánea y coordinada entre economistas, sociólogos, politólogos, filósofos, etc., puede asegurar un análisis integral del asunto.

Finalmente, hay que formular la pregunta necesaria sobre cuál es la postura filosófica que se debe asumir para formular alternativas emancipatorias frente al pensamiento único neoliberal. Algunos considerarán que el marxismo es la única arma teórica, sin necesidad de otras posturas epistemológicas válidas para tal enfrentamiento y de tal modo se caerá en el sectarismo intelectual que lamentablemente afectó durante tanto tiempo el desarrollo de la filosofía y las ciencias sociales en los países socialistas y también en otros países donde se consumían en grandes cantidades manuales y textos de la época soviética.

Es cada vez mayoritario el grupo de intelectuales que no teme a ser considerado un ecléctico, revisionista, oportunista, y todos los *ista*, que en determinadas ocasiones se pretende descalificar a quienes reconocen el valor epistemológico de teorías que no se comparten totalmente o que incluso pueden ser desacertadas en algunas de sus partes. Esto significa que una de las formas de construir un pensamiento alternativo es reflexionar sobre la situación socioeconómica y política de nuestros respectivos pueblos y mundial, sin ningún tipo de prejuicio teórico e ideológico, es decir, desprendiéndose del vicio frecuente que consiste en acomodar la realidad a aquella corriente filosófica, sociológica, económica, política, etc., en la que se ubica el investigador en cuestión. Solo una actitud desprejuiciada que admita los *núcleos racionales* que contienen las más diversas filosofías y teorías, que al menos sean meritorias de la condición de tales, puede ser de utilidad en la construcción de alternativas ante la actual ofensiva de la globalización neoliberal.

La construcción de pensamientos alternativos —y debe insistirse en su pluralidad para no caer en la construcción de otros tipos de “pensamientos únicos”— será una labor larga, paciente y en común, en la cual nadie deberá reclamar protagonismos exclusivistas. Cada



cual deberá aportar lo que puede y lo que debe, la historia posteriormente se encargará después de los laudos pre o *postmortem*.

Los intelectuales siempre han desempeñado un papel muy activo en la conformación de la *conciencia crítica* sobre las circunstancias. Han coadyuvado de un modo u otro al esclarecimiento de sectores directrices del poder político y económico en las diferentes épocas para la toma de sus decisiones. Eso no significa que siempre los resultados de la labor teórica de los científicos sociales hayan sido válidos. También, al igual que otros profesionales, tienen derecho a equivocarse, y no siempre por razones de perspectivas ideológicas.

El desarrollo social es mucho más complejo que otras formas de desarrollo del mundo material, porque además subsume el espiritual, por tanto, hay muchas más probabilidades de error que en el mundo objeto de las ciencias naturales o técnicas. Pero también los errores constituyen vías de enriquecimiento epistemológico.

Si nunca se ha justificado la indiferencia de los científicos sociales y los intelectuales en general ante sus respectivas circunstancias sociales, políticas y económicas, mucho menos se pueden entender en la actualidad los *torremarfilismo* de algunos que pretenden situarse en la incómoda postura de estar “más allá del bien y el mal”.

La labor de la intelectualidad en estos tiempos de enfrentamiento al neoliberalismo, proclives a posibles nuevas guerras mundiales contra fantasmagóricos enemigos que se pueden esconder en diversas ideologías fundamentalistas, parece llamada a reivindicar la idea de la fuerza de las ideas y de las utopías.